

Lunes III de Pascua



15 de abril de 2024

Hech 6, 8-15

Sal 118

Jn 6, 22-29

P. Eduardo Suanzes, msp

El relato del Evangelio es la continuación del episodio que vimos el sábado pasado. Ese episodio fue de transición entre la multiplicación de los panes y la sección que comienza ahora: la autorrevelación de Jesús como Pan de Vida. Lo que viene a partir de este momento, que veremos durante toda esta semana, es lo que Juan estaba preparando para decir, su clímax teológico, desde la multiplicación de los panes¹. Ahora comenzará la explicación de lo que sucedió entonces.

La gente se da cuenta que Jesús no está allí, en el lugar de la multiplicación, y deciden volver a Cafarnaúm en su busca. Al llegar y encontrarlo lo único que dicen es: «*Maestro ¿cuándo has llegado?*». Pero Jesús no responde directamente a su pregunta, sino que responde al origen de su deseo en realidad, a sus intenciones. Y aparta la atención sobre lo que realmente le interesa. Y a una palabra de Él se enciende una breve y violenta discusión. Si antes lo seguían como a un posible liberador («*querían proclamarlo rey*»), ahora lo siguen porque les asegura el sustento. Solo recuerdan la satisfacción de su hambre y esa es la única razón que les mueve para seguir a Jesús.

A veces también a nosotros nos pasa esto. En algún momento de nuestra vida se nos ha manifestado Jesús interiormente y esa presencia en el encuentro personal se vuelve tan pacificadora e iluminadora que nos sentimos plenamente realizados y plenificados. Todo lo vemos claro y nos sentimos henchidos del Espíritu Santo y no hay obstáculo ni fuerza en el mundo lo suficientemente grandes que impidan la meta que nos trazamos de seguir a Jesús y dar el amor a nuestros hermanos.

Pero llega la noche y Jesús «se va a la orilla del lago» y comenzamos a buscarlo porque ya la cosa no es tan fácil y queremos volver a sentirnos como antes, siendo la causa de nuestra búsqueda no Jesús sino el cómo nos sentíamos antes de que «se fuera por un rato». Y Jesús, como en el Evangelio descubre implacablemente nuestras intenciones. Ellos, como nosotros a veces, solo le buscan interesadamente para cubrir sus necesidades inmediatas, lo de aquí.

«*Ver señales*», en el evangelio de Juan, tiene el profundo sentido de una contemplación creyente, capaz de trascender hacia lo divino; es decir: una auténtica «*visión de las señales*» equivale a comprender el sentido divino de los actos de Jesús. La vivencia de la multiplicación de los panes no ha conducido a esos hombres a una inteligencia más profunda. Pues, al retener de esa experiencia solo el aspecto material, la satisfacción de la propia necesidad, han vaciado de contenido lo que aquel signo les quería hacer ver y perdieron la oportunidad de responder al amor dado. Lo que debía haberlos llevado a entregarse a los demás, como Jesús se ha entregado a ellos, los han centrado egoístamente en su propia hartura². Se ha producido un signo, es decir, un acto de Jesús que invita a la contemplación y sin embargo no han sido capaces de ir más allá.

¹ Cfr. RUDOLF SCHNACKENBURG. *El Evangelio según San Juan. II*. Ed. Herder. Barcelona, 1980

² JUAN MATEOS Y JUAN BARETTO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

Esto quiere decir que acercarse a los actos de Jesús implica de nuestra parte una apertura de corazón para descubrir los entresijos de todo lo que Él quiere comunicar. Lo inmediato no es, pues, casi nunca, el meollo de la cuestión. Y nosotros, casi siempre, nos quedamos en lo inmediato, en lo que directamente golpea nuestros sentidos, ya sea positiva como negativamente. Nos es muy difícil, tratándose de los sentidos, transcender hacia el nivel de la contemplación.

Y para hacérselo comprender Jesús les habla de...¿trabajo?: «*Trabajen, no por el alimento que se acaba, sino por el alimento que dura dando vida eterna...*» Es decir, hay que trabajar, hay que ganarse el alimento, pero no solo el que se acaba, sino por aquel que da la vida definitiva, ese pan que no se acaba, pues ellos, no han sabido percibir en el don del pan sobrante (que no se acaba= permanece) el signo³ de un alimento distinto por el que hay que trabajar, el que «*permanece para la vida eterna*» y que dará el Hijo del hombre. Un pan que contiene el amor dado, que es el que construye y realiza a la persona en plenitud.

Y es pan lo va a dar Jesús porque él está sellado por el Espíritu Santo, por el amor. Y como no hay amor sin donación personal, ese pan será dado por Jesús en la expresión de su amor hasta el extremo en la misma cruz: el pan será él mismo.

Para comprender este signo, no basta presenciarlo externamente, pasivamente, hay que trabajar, hay que entrar en el significado que contiene con la propia vida. Esto es exactamente lo que en la Espiritualidad de la Cruz se llama **ser hostias vivas**. Trabajar por el pan de la vida definitiva solamente puede hacerse patente siendo **hostias vivas**, es decir, donarse por amor, ser alimento para los demás y para Dios, por amor.

Los interlocutores comprenden de qué les está hablando Jesús y que les exige un esfuerzo y acciones personales por su parte, algo que Dios mismo pide de ellos. Pero, una vez más interpretan mal esa actividad, pues quieren saber las condiciones: «*¿Y qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?*». Como buenos judíos que son, y de acuerdo a su mentalidad, inmediatamente piensan en «obras». Igual nos pasa a nosotros cuando creemos que realizar las obras de Dios es «hacer» muchas cosas: misas, rezos, rosarios, adoraciones...Todo eso está muy bien y hay que hacerlo, ya lo creo que sí, pero como consecuencia de lo que Jesús les pide.

Jesús les responde que importa exclusivamente una sola «*obra de Dios*», a saber: la de creer en aquel que él ha enviado. **En el Evangelio de Juan Jesús es el Revelador**, por lo que para el evangelista no existe más que esta exigencia de Dios: creer. Creer es la única e insoslayable respuesta del hombre al hecho de que Dios ha enviado al Revelador y salvador; y de ahí también la fe en ese enviado divino, en el Hijo del hombre, que transmite las palabras de Dios. La respuesta de Jesús indica que el camino hacia Dios mediante las obras de la Ley no es sino una mera sombra de la posibilidad que él les ofrece⁴. Sólo puede accederse a Dios mediante el Hijo, que es quien lo da a conocer. El único modo de hacer la obra de Dios es creer en quien Dios ha enviado. Ya veremos a partir de mañana cómo los judíos le pedirán una señal para creer en esas afirmaciones que acaba de pronunciar.

³ Cfr. XAVIER LEON-DUFOUR. *Lectura del Evangelio de Juan, II*. Ed. Sígueme. Salamanca 1992

⁴ Cfr. FRANCIS J. MOLONEY, SDB. *El Evangelio de Juan*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 2005